



# EL PATRIOTISMO Y EL GENIO.



DOS CAPITULOS DE UN LIBRO INEDITO,

POR

EL INGENIERO NACIONAL,

**MODESTO LOPEZ.**



**QUITO.**

IMPRESA DEL CLERO.

1887.

Los hombres ilustrados se quejarán de no encontrar en mi libro nada que les interese; pero debo hacerles presente que tampoco ha sido esa mi intención; porque el volumen que he escrito, tiene por objeto principal, demostrar á los jóvenes que carecen de fortuna y que quieren ir conmigo á trabajar en el Occidente, la posibilidad que háy de adquirir los conocimientos precisos para pasar una vida humilde, pero digna y relativamente tranquila, sin necesidad de concurrir á los colegios.

Toda locución enérgica, y comunmente metafórica, con la que se significa mucho más de lo literalmente expresado, ú otra cosa distinta de lo que arroja al parecer la letra, ha llamado mi atención y he procurado estudiar el valor de élla en la idea que representa. Por tanto, las fuentes de mi instrucción han sido los buenos libros y todo lo he tomado de ellos; así pues, producción mía sólo son las consecuencias deducidas por la observación práctica.

Como las palabras *trabajo* y *patriotismo* son de uso frecuente, doy con la exposición verdadera de los acontecimientos pasados en la adquisición de las ideas que acerca de ellas tengo, un anuncio del contenido de mi libro. He elegido estos dos términos para las presentes publicaciones, porque juzgo que en el estado actual del Ecuador, nos cumple por deber, difundir los sanos principios que la genuina acepción de ellas comprende. Así, en conformidad con el pedido que le hice en días pasados, le envió el manuscrito, para que, después de un detenido examen, se sirva ordenar su publicación.

Con sentimientos de consideración me suscribo de U. atento y S. S.

Modesto López.

Señor D. Modesto López.

Quito, 22 de junio de 1887.

Muy estimado Señor mío :

He recibido la carta de U. fecha 21 de los corrientes, junto con el manuscrito que U. se ha servido enviarme.

El propósito de publicarlo para de este modo trasmitir á sus semejantes los conocimientos que U. ha adquirido, no puede dejar de ser muy digno de alabanza de todos los que comprenden cuanto de noble hay en aspiración semejante, mucho más cuando élla va acompañada de modestia y recato no vulgares.

Estoy persuadido que cuanto U. diga tendrá el mérito de la verdad y de la utilidad, y que por lo mismo sus escritos aprovecharán á cuantos los leyeren con sana intención.

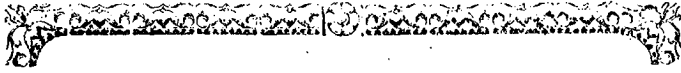
Tan luégo como yo haya leído el referido manuscrito, ordenaré su publicación, en conformidad con los deseos de U.

De U. atento servidor.

*Juan de Dios Campuzano.*







## DEL GENIO Y DEL PATRIOTISMO.

---

Dios cría hombres de almas privilegiadas para que sean los guardianes de la humanidad.

Quedé admirado recorriendo una antigua librería, en la cual la oscura y distante vista, parcialmente iluminada por coloreados rayos de luz, arrojados á través de ventanas pintadas, dejaban el aposento aquí y allí con melancólica sombra.

¡Cuán majestuoso y sublime es colocarse en medio de ese imponente silencio, bajo un sombrío techo gótico, donde todo en derredor está hecho para absorber la atención del hombre! ¡Cuán solemne es la reflexión de quien está allí de pié, y es la única alma viviente, la única existencia que respira, que tiene poder para hablar, y puede usar de la pluma con sus dedos! ¡Mientras que así permanece, hay cerca de él miles de autores separados de sus cuerpos, cuyas figuras mortales hace tiempo están sumergidas en el polvo, al cual debe el observador ser también reducido dentro de poco! ¡Cuán trascendental fué la idea! ¡Cuán semejante

á Dios fué la invención de transmitir en los libros los más grandes pensamientos de las edades pasadas y que pasan aún, de suerte que durante el transcurso de los siglos y sobre ese innmutable estado, puedan los sucesores recibir sus instrucciones, tan frescas como de su viva voz! ¡ Cuán dulce y edificante es la conversación que puede tenerse en medio de la coloreada luz de aquel aposento, con los sabios de otros años! ¡ Cuán superior es tal regocijo á los que brindan muchas vanas frivolidades del mundo pasajero! ¡ Con qué agradecimiento deja uno á su amistoso instructor! ¡ Con qué reverencia deposita el instrumento de su instrucción, en ese pequeño receptáculo donde permanecerá hasta ser consultado otra vez en otra visita semejante! ¡ quizás después de una centuria, cuando tendrá unido el espíritu al mismo en cuyas obras ha estado en provechosa y larga y grata meditación, como un futuro amigo que habla á quien no conoce. Hay un placer silencioso en quien visita una biblioteca y los volúmenes que yacen casi olvidados: es placentero para él hacer salir y consultar algún libro, sobre el cual se ha dejado reposar el polvo muchos años.

Si el visitador está empeñado en la tarea de difundir sus conocimientos por la prensa, piensa en ese instante que cuando sus obras estén talvez consignadas en un recinto igual, entre otros volúmenes, él recibirá también una visita, como retribución de haber limpiado el polvo y hecho salir la luz al mundo que acaso olvidaba al autor. Los espíritus invisibles del lugar parecen escuchar y agradecer tales reflexiones.

Habiendo, pues, bajado con escudriñadora mirada en una grande biblioteca de libros olvidados, me impresioné con la idea de que, tomando á la casualidad uno de los volúmenes cubiertos de

polvo y comunicando á la presente generación, alguna parte de cualesquiera conocimientos contenidos en él, no sólo haría un acto de homenaje del vivo al muerto, recomendable por sí mismo, si no, que sería escuchado con mucho provecho. En la base de una pilastra había un andrajoso volumen de exterioridad á la antigua, y me pareció que estaba tan despreciado, como si se le considerase indigno de un lugar en la estantería; y juzgué que eso era una muestra favorable para comenzar con mi experimento. Lo tomé, le limpié el polvo de la pasta y encontré que estaba intitulado: "Pensamientos morales y Divinos, sobre varios objetos, por Wellins Callocott, Gent, Loudón."

El lector juzgará si merecía llevar adelante mi resolución, después de la lectura del extrato siguiente; pero entre tanto yo debo expresar mi pensamiento, por la bella manera de interpretar el sentido moral del pasaje que sigue, como también por la sencillez y elegancia de su estilo.

"El camino más corto para alcanzar la gloria, es, en verdad, vivir de modo que el hombre sea encontrado por otros de la manera que él desearía hallarse. Es honroso sostener la gloria de nuestros antepasados por acciones que correspondan con su reputación; y es también glorioso dejar un título á nuestros descendientes, el cual no debe ser prestado por nuestros predecesores, sino emanado de la fuente de nuestra propia nobleza, y para usar la expresión de Tiberio, quien deseaba ocultar el defecto de su nacimiento en *Curtius Rufus*, aunque de otro lado era gran hombre: "Haber nacido de uno mismo."

El verdadero genio reside en el alma, fluye de un corazón generoso y corre natural y fácilmente por las trazas de la vida ó las sendas del deber; refresca, vigoriza y adorna todas las facultades del



espíritu; da energía para expresar las palabras, elegancia al aire del semblante y á los movimientos del cuerpo; se manifiesta con natural y no afectada grandeza y firmeza de espíritu, avigorada por sabias y religiosas reflexiones y generosas acciones, en las cuales consiste verdaderamente el real mérito y la virtud personal.

La tradición Judaica tiene una pequeña alegoría para expresar esta verdad, como fundada en el orden y estructura original de la naturaleza. Ella nos dice que cuando Moisés describió el gran río del Edén, ramificado en cuatro corrientes, dió á entender que el alma era como el paraíso, y el río esa fuente original de verdad y virtud que emana de la misma esencia del alma, y se ramifica en las cuatro virtudes cardinales y en todos los otros grados y clases de virtudes, aun de las inferiores como las morales, políticas y de buenas costumbres, en una palabra, que el alma humana es la raíz donde se hallan todas ellas, aunque oscurecidas y desfiguradas por los vicios. No obstante, existe en ella un fondo de bien, un principio de verdad, el cual si está asistido por una concurrencia feliz de causas externas, tales como la estructura de los órganos y la textura de la sangre, y con una buena disposición de las facultades intelectuales, hace que el hombre, así favorecido por Dios, naturalmente despliegue con la debida cultura y disciplina, un lujo de acciones grandes, generosas y benéficas, proporcionadas al esplendor original y dignidad de su naturaleza.

En el presente estado de degradación de la naturaleza humana se halla con frecuencia sepultado el genio bajo las ruinas de la ignorancia y el vicio, á manera de valiosas monedas, medallas, estatuas, pilastras y hermosos ornamentos de arquitectura cubiertos de escombros; y hablando con más pro-

piedad, aquel orden de simetría y proporción que fueron como el alma de la estructura, se halla sepultado bajo las ruinas de un famoso y magnífico edificio. De aquí proviene que muchos hombres de excelente genio se pierden para la sociedad, pues permanecen ocultos entre los escombros de la muchedumbre, los que con peculiar asistencia, debida cultura y en una feliz posición, pudieran haber hecho honor á la naturaleza, porque eran un don público para el bien del género humano. Un hombre de genio mirado bajo este punto de vista, ejecuta no solamente todos los actos de virtud en la vida pública y privada, sino que los hace con una peculiar propiedad y un proceder digno de admiración, como los versados en la escritura, pintura, música, arquitectura ejecutan los más exactos diseños, no solamente con las debidas proporciones, sino con tal decoración y gracia, como que naturalmente emana de un gusto fino y un entendimiento perfeccionado. Esa natural disposición bien cultivada, hace en la vida pública grandes príncipes, héroes ilustres, valerosos jefes, vigilantes magistrados y honorables consejeros, y en el grado inferior de la vida privada, indulgentes esposos, tiernos padres, afectuosos amigos, misericordiosos señores, fieles inquilinos y sirvientes ; por ella, en fin, ejecutan los hombres todas las obligaciones relativas á la vida, con justicia y honradez.

Las masas del género humano están cogidas por el ruido y la ostentación: el pomposo sonido de los títulos y el brillo de los ornamentos golpea sus sentidos y atrae su atención, excita su admiración y arranca de ellos toda aquella reverencia y estimación que son debidas únicamente al eminente y distinguido mérito.

Cuando esos ilustres espíritus, á quienes la Providencia ha señalado para nuestros guardianes

y protectores, meditan en la imperfección y desordenado estado de la naturaleza humana, agitada por ciegas pasiones, prejuzgada por falsas opiniones, imbuída en erróneas conclusiones y groseras preocupaciones, nos miran con la misma luz y con las mismas emociones de caridad, como Morre hizo con sus lunáticos pacientes en Bedloín, quienes dando nombres impropios, hacían mal uso de las medicinas y preceptos, casi en todos los casos, en los cuales su salud y su felicidad estaba interesada. Para aquellas bendecidas inteligencias la vida silenciosa de un hombre generoso, compasivo y benéfico, es más honorable que el fausto de los príncipes, la pompa de los conquistadores y toda la gloriosa impertinencia de los grandes. Para ellos un hombre oscuro y bueno, haciendo secretos actos de caridad, aliviando al affigido, confortando al miserable, y dando pruebas de reconocimiento al Grande Autor de la naturaleza, por actos de piedad y devoción, aparecerá verdaderamente más ilustre que un conquistador á la cabeza de numerosos ejércitos. Para ellos San Francisco de Sales es mirado con luz más clara en el libro de la memoria, y hará siempre más figura en el último día que Alejandro, César ó Guillermo el conquistador.

Así, para hacer el bien, los amantes del género humano, deben aliviar las aflicciones, y promover la paz y la felicidad de sus semejantes, esto es, el más alto honor, la más noble ambición que puede caber en el corazón del hombre y el verdadero distintivo del genio bien cultivado.

El hombre de un talento extraordinario, que se remonta en conocimientos sobre todos los demás, procura que todos los hombres cultiven provechosamente sus facultades intelectuales, y hagan de sus conocimientos un uso conveniente á su dicha y á la dicha general; que sean sóbrios, templados,

trabajadores, económicos, dados á la agricultura, á las fábricas y al comercio, antes que á los empleos; hombres que circunscriban sus aspiraciones á términos racionales, que mantengan siempre sus pasiones bajo el yugo de la razón, y sus sentimientos bajo el imperio del espíritu; hombres humanos y fuertes, hombres que jamás se levanten contra la Constitución, ni contra las leyes, ni contra las autoridades, que estén siempre prestos á defender á su patria, y que sacrifiquen al bien de ésta, su quietud y tranquilidad, su ambición y sus aspiraciones particulares, en una palabra, que sean verdaderamente patriotas; hombres que sean buenos padres, buenos hijos, buenos esposos, buenos hermanos, buenos amigos; hombres, en fin, verdaderamente religiosos que amen y teman al Sér Supremo, que esperen una vida eterna é inmortal, y un justo é inexorable fallo sobre sus obras. Hé aquí las aspiraciones del hombre de genio, cuyas nobles facultades no han quedado sepultadas bajo las ruínas de la ignorancia y el vicio.

Pero la generalidad de los hombres hacen consistir el mérito en el ruido y la ostenta, en los títulos y el tren, el brillo y la grandeza; y cualquiera que se halle en posición de dispensar esos falsos brillos, es mirado no sólo como hombre de genio, sino como una fuente que da honor y gloria á los demás. Por tanto, es preciso difundir en nuestras masas las ideas que correspondan á la genuina acepción del real mérito de los hombres, para sacarlos de esos errores, tan crasos en los que los tienen imbuídos la ignorancia y la malicia de los perversos.

## DE LAS RELACIONES POLITICAS.

Tiene el hombre varias relaciones con la asociación particular en que vive, y entre ellas unas á que damos el nombre de *políticas*. Una sola es la virtud que la moral prescribe respecto de este género de relaciones; mas una virtud madre, una virtud que encierra en sí y da nacimiento á otras muchas: esta virtud fecunda en el patriotismo.

El patriotismo consiste en el *amor á la patria*; es un afecto vivo y denodado, es el que produce los héroes y los grandes hombres. Ha obrado algunas veces prodigios de valor y de desinterés, y cuando su fuego arde en todos los pechos, cuantos ciudadanos cuenta el Estado, otras tantas firmes columnas apoyan y sostienen el edificio político: la independencia, el orden y las libertades públicas reposan entonces sobre una basa eterna. Por el contrario, una asociación que el fuego del amor patrio no anima, es una presa fácil para el primer usurpador que se presente en sus puertos, ó para el primer ambicioso que se levante en su seno. ¡Cuánta importancia no debe corresponder á una virtud, más tutelar de la independencia de las naciones que las murallas extendidas á lo largo de sus costas, más conservadora del orden y de las libertades públicas que el poder armado, por desgracia no siempre harto leal á su noble destino!

El amor á la patria debe ser *puro* y *desinteresado*, esto es, debe amarse la patria, debe interesarse el hombre en su conservación y prosperidad, sin tener en mira otro bien que la parte que, como á todo ciudadano, de caberle en esta misma prosperidad general. Amar la patria por este ó aquel

provecho específico, no es ser patriota sinó especulador, que dejará de amarla el día que el provecho cese. Los patriotas *de interés*, los que lo son mientras que el gobernante les dispensa su favor y su privanza, se parecen á aquellos pájaros que diariamente acuden solícitos al mirador en que el amo tiene costumbre de regalarles algunos granos: si la casa muda de dueño, y el nuevo amo no riega granos, los pájaros no vuelven más.

También debe estar el patriotismo exento de toda conexión con *personas*. Rija los destinos de la patria el primero ó el último de los ciudadanos, es cosa que el buen patriota no repara: en su enseñanza se lee, *por la patria, no por las personas; por los principios, no por los hombres*. Y si bien se mira no puede ser de otra manera; porque como, sea el que fuere el individuo que mande, la patria siempre es la misma, el amor si ciertamente es á ella que se tiene, forzosamente ha de ser el mismo. Por este principio tampoco deben alterar el patriotismo puro, las ofensas, los agravios, pero ni las injusticias que recibieren del gobernante; porque no hay razón para que la patria pague lo que ella no ha hecho; y todavía más, aunque la patria misma sea injusta é ingrata con el ciudadano, debe éste soportar con grandeza de alma la injusticia y la ingratitud, en vez de ir, como Temístocles, á ofrecer sus servicios al enemigo implacable de su país, ó como Coriolano, á traer á sus puertas las huestes de los bárbaros. Un buen hijo no clava el puñal en el seno de su madre, porque esta alguna vez desatendiera sus deseos, hubicra desconocido sus servicios, ó le hubiera castigado injustamente.

Pero no basta que el patriotismo sea puro y desinteresado, es menester que sea *efectivo*. De otra manera, sería un sentimiento sin animación, un amor muerto, ó á lo más, una virtud especulativa.

El amor verdadero se manifiesta en las obras, no en las palabras; así el que no hace obras de patriotismo, aunque en sus labios suene siempre este dulce nombre, no ama verdaderamente á su patria, ó no es patriota sino en teoría.

¿Pero cuáles son las obras que la patria demanda del amor de los ciudadanos? Las mismas que una madre exigiera del amor de sus hijos: la sumisión y el respeto á sus voluntades, su sostenimiento, su defensa, y el cuidado de sus derechos. Esto exigiera una madre, y esto mismo es lo que exige la patria, que como verdadera madre de los ciudadanos debe ser considerada.

A cuatro, pues, se reducen los deberes del patriotismo: 1.º á vivir sometido á la Constitución y á las leyes, que son las voluntades escritas de la patria: 2.º á contribuir para los gastos: 3.º á defenderla; y 4.º á cuidar de la conservación de sus libertades y de sus fueros.

Desde luego la sumisión á la Constitución y á las leyes es un deber de tal manera sagrado, que no hay términos para recomendar su cumplimiento tan encarecidamente como corresponde. Del imperio de la Constitución y las leyes nace el orden, y del orden la paz y el reposo público, la seguridad de los derechos de todos, la prosperidad personal, la dicha común; por consiguiente el que se levanta contra la Constitución y las leyes, destruye el orden y, con él, cuantos beneficios proporcionan las asociaciones políticas. Ningún motivo puede justificar la rebelión: ni la imperfección de las instituciones, ni los abusos de los gobernantes, ni la tiranía misma. Cualquiera de estas cosas y aun el conjunto de todas, es un mal muy pequeño en comparación de los que, como una larga cadena, arrastran en pos de sí los trastornos y las conmociones. La pluma se resiste á pintar las terribles

escenas de desorden, de violencias, de persecuciones, de sangre y de muerte que en un momento presenta una revolución: un tigre hambriento no hiciera más estragos en un rebaño de ovejas, que los que hace entre los hombres el genio de las revoluciones, cuando escapándose del averno, asoma un instante no más su espantosa cabeza sobre la faz de la tierra.

Si las instituciones son malas, la nación en uso de su poder soberano, que no pueden arrogarse las facciones, es la que debe reformarlas por tranquilas y ordenadas vías. Si los gobernantes abusan de su autoridad, medios habrá legales para hacerles entrar en su deber; y si estos medios no existen, ó los han destruído los gobernantes mismos, y convertídose en tiranos, entonces no hay sinó abandonarles á su fatal destino, y pronto la libertad tendrá altares sin mancha de sangre, pronto sus estatuas aparecerán coronadas de inocente olivo. Pero flamear el pendón funesto de la rebelión, porque las instituciones no son buenas, ó porque los gobernantes abusan de su poder, es hacer retrógadar la nación, porque no marcha á pasos gigantes, es destruirla de un golpe, porque un mal le aqueja y mortifica. No obra así el hombre respecto de sí mismo; jamás retrocede para adelantar, jamás se mata para curar sus dolores.

El sometimiento ciego á la Constitución y á las leyes, es pues, una obligación sagrada; la obediencia y el respeto á las autoridades por ellas establecidas, un grande deber; la rebelión un horrendo crimen. Si el Gobierno os hace alguna injusticia, reclamadla por las vías legales; mas en ningún caso, ni por motivo alguno, concitéis trastornos, ni llaméis la rebelión: que siempre se os encuentre del lado del gobierno, que siempre se os halle debajo de las banderas del orden. Esto



es lo que exige el patriotismo; esto lo que prescribe la razón, esto es lo que demanda vuestra conveniencia. ¡ Y qué grandé no aparecería el ciudadano que víctima de la injusticia, de la antipatía ó de los errores de los gobernantes, dijera á estos mismos gobernantes: "Perseguidme cuanto queráis; pero sabed que jamás me perseguiréis lo bastante para hacerme desleal á mis deberes. A pesar de que no apruebo vuestra política, y aunque conozco vuestros desvíos, derramaré por sosteneros cuanta sangre circula en mis venas; porque sé que sosteniéndooos, no sostengo al hombre sinó á la autoridad; no vuestros intereses sinó los intereses de todos, en los cuales los míos están envueltos; no vuestra persona sinó la patria, sinó el orden, sinó el sosiego público y la dicha general."

Pero no basta que el hombre por su parte viva sometido á la Constitución y á las leyes, obedezca y respéte á las autoridades públicas; es menester también que contribuya eficazmente y con todos sus esfuerzos, á que aquellos sagrados deberes sean generalmente cumplidos, el orden y el reposo público conservados, la libertad respetada, y la independencia y la majestad nacional sostenidas; en una palabra, es menester que á toda hora se halle dispuesto á salir á la defensa de la patria, haciendo con tal objeto, si necesario fuere, el sacrificio de la fortuna y hasta el de la vida. Este es el segundo de los deberes que el patriotismo impone á todos los ciudadanos, y á cuyo desempeño hay que volar resueltamente en el instante del ataque ó en los momentos del peligro. No hay que descansar en los otros ciudadanos: todos tenemos la misma obligación y el mismo interés, y por consiguiente desentenderse de la defensa de la patria, sacar el cuerpo y dejarla al cuidado de los otros, sería un egoísmo criminal en cuanto violaba una obliga-

ción, torpe en cuanto desatendía la voz del propio interés. Si cada ciudadano confiara en el patriotismo de los otros, ¿cuál sería el resultado? Que nadie saliera á la defensa de la patria, y que el edificio político se desplomara, sepultando debajo de sus ruinas á los egoistas, tan criminales como torpes, que no se cuidaron de sostenerlo á tiempo.

Por otra parte, cuando se viera un movimiento uniforme, una resolución decidida en todos los pechos, un apresuramiento de todos los ciudadanos á llenar este deber sagrado, á la vista de tanto patriotismo, de tanto noble entusiasmo, de una fuerza tan compacta y resuelta ¿qué facción no se disipara como el humo? ¿qué invasor no abandonara, espantado, las costas de un país tan denodado y tan heroico? Y generalmente ¿cómo no se respetara y temiera una nación compuesta de tales hijos? Por cuantas consideraciones son imaginables deben, pues, los ciudadanos salir á la vez y decididamente á la defensa de la patria, cuando quiera que se halle amenazada.

El tercer deber de todo individuo de un estado es contribuir para los gastos públicos. Debe hacerse esto con fidelidad y con placer; porque lo que se da, sirve para gozar en paz de lo que queda, para conservar el orden y el reposo público, y para asegurar al individuo su vida y todos sus derechos.

Hemos visto que el cuarto deber del patriotismo es cuidar de la conservación ilesa de las garantías y de las libertades públicas. Nada tenemos que decir en recomendación de su cumplimiento, porque su importancia no puede desconocerse. Si todos no velan por la conservación de las libertades de todos, si no hay celo por las garantías públicas, libertades y garantías vendrán á tierra, con la facilidad que un edificio sin cimiento y sin apoyo,

el día que la ambición las empuje ; y aun sin esto y aunque estén escritas, marchitaránse al fin como flores que se plantaron con cuidado y más en un terreno seco incapaz de alimentarlas.

¿ Pero cómo se cumple este deber ? ¿ Cómo se cuida de la conservación de las libertades y de las garantías públicas ? En primer lugar cumpliendo fielmente con los tres deberes anteriores, pues que, sin duda, nada contribuye tan eficaz y directamente á la conservación de las garantías y de las libertades públicas, como el sostenimiento del orden quitado el cual, toda la libertad, toda garantía, todo derecho deja de existir : entonces no impera, sinó la voluntad del más fuerte, no hay más ley que su capricho, ni otra seguridad que la que por merced quiere conceder. En segundo lugar se vela por las libertades y garantías públicas, difundiendo ideas propias para sosténerlas, rechazando cualquier ataque que se las dirija, sea cual fuere la parte de donde venga, descubriendo y censurando los actos del poder que las ofenda ó influyendo en la elección de buenos magistrados. Pero en estos últimos medios se necesita mucho tino y discernimiento ; hay que seguir muchos principios, hay que tener muchas atenciones, y, sobre todo, evitar el exceso de celo, el ardor y el entusiasmo, que hicieran degenerar en fanatismo el más bello de los sentimientos. Veamos lo que prescribe la Moral en este punto. Primeramente no hay que perder de vista que el orden es antes que las garantías ; porque antes es existir, y después, existir con ciertas seguridades y ventajas ; así la vigilancia que se ejerza sobre los gobernantes para la conservación de aquellas, debe dirigirse de manera que el orden no sea subvertido y que el gobierno, que siempre le representa, nada pierda de su dignidad ni de su fuerza.

En segundo lugar, esta vigilancia debe limitarse á los grandes abusos, á los desvíos notables del poder, sin ir más adelante. Una vigilancia minuciosa y una censura nimia, empujando al gobierno en interminables controversias, embarazarían su marcha, y antes que saludables, fueran funestas.

Relativamente á la conducta del gobierno en su parte discrecional, el ciudadano debe limitarse á *simples indicaciones*; y eso en cuestiones de importancia reconocida, en cuestiones arduas y de cuya resolución penden grandes intereses nacionales. Querer intervenir hasta en las cuestiones de menor interés, querer dictar enteramente la *política* al magistrado, querer llevarle de la mano y guiar todos sus pasos, es una empresa demasiado y que en vez de favorecer, perjudica la buena marcha de la administración. Cuando el magistrado ha sido escogido por sus conciudadanos, con conocimiento de sus talentos y de su patriotismo, puede confiarse algo en estas prendas, puede descansar en el voto nacional, por lo que toca á la *política* del gobernante; al menos cuando no se ventilan graves y difíciles cuestiones, enlazadas con grandes intereses sociales.

Pero no sólo puede excusarse ú omitirse, como acabamos de verlo, esta intervención minuciosa en la *política*, sino que debé, porque nó sólo es innecesaria, sino perjudicial. En efecto: si todos los ciudadanos intervienen en la conducta de los pormenores de la administración, si todos quieren que se gobierne á su modo, el resultado será que que no se gobernará de ninguna manera; porque el gobernar es una tarea que, como todas las que requieren una ejecución rápida, no puede ser hecha sinó por pocas manos, y que, como todas las que necesitan una profunda concentración de facultades.

des, no puede ser bien hecha sino hay quietud y silencio. Un navío no podrá ser bien conducido, si todos los pasajeros quisieren intervenir en su dirección, que no debe estar sinó á cargo del piloto y al cual lo más que aquellas puedan exigirle es que los lleve á éste ó aquel puerto. Pero si todos intervienen en la dirección minuciosa del navío, queriendo cada uno que cuanto hay que hacer se haga á su modo, el desorden, la confusión y el descontento, serán las consecuencias necesarias é inevitables.

Argensón atribuía el mal estado de la Francia en su tiempo, á esta intervención minuciosa del público en los actos del gobierno: *porque todos se mezclan en la administración*, decía, *por eso el Estado está perdido*. Y creemos no se engañaba aquel profundo político; porque verdaderamente, además de lo que acabamos de ver, cuando todos quieren intervenir en la *política* del gobierno, hasta en las cosas de menor entidad, entonces no se ve por todas partes sinó el gobierno, no se oye hablar sinó del gobierno, no se piensa sinó en el gobierno; en una palabra el gobierno absorbe todas las atenciones, y hace un ruido y un estrépito, que á nadie deja descansar. Los negocios particulares se abandonan, el cultivo de la dicha individual se descuida, luégo viene el cansancio de la sociedad, el fastidio de tanto alboroto, y últimamente el descontento general. Una nación en que todos no se ocuparan sino en discurrir sobre la política y el gobierno, y en la que los ciudadanos estuvieran divididos en dos bandos, uno de censores, otro de apologistas de los gobernantes, sin tener más ocupación ni otro destino que disputar sempiternamente, *no sería nación, sería un Liceo insoportable*.

Debe, por tanto, cuando no se trata de arduas

cuestiones, ni de graves intereses, dejarse gobernar al gobernante. Si su *política* no nos parece buena, representémoselo ; mas cooperemos sinceramente al buen éxito de su conducta, aunque adopte y siga ideas contrarias á las nuestras. En todo caso nuestro interés está no en el triunfo de nuestras opiniones, sino en el triunfo del gobierno, en la salud de la patria, que guarda la urna de nuestra suerte, y que lleva en su mano nuestros destinos. Además en política todo es opinable y contingente ; y como puede ser el gobierno el equivocado, podemos serlo nosotros ; y aun todas las presunciones de acierto están siempre en favor del gobernante, que lleva sobre el ciudadano la ventaja de hallarse colocado en la atalaya del Estado, y poder, por lo mismo, descubrir mejor las conveniencias sociales.

Hemos dicho que otro de los medios de velar en la conservación de las garantías y de las libertades públicas, es influir en la elección de buenos magistrados, y ahora añadiremos que éste tal vez es el medio que más directamente va á su destino. Póngase el estado en manos de hombres expertos, que amen verdaderamente á su patria, y que quieran de corazón las instituciones, las garantías y las libertades públicas, y nada hay que temer contra éstas ; pero si los ciudadanos, cuando se trata de nombrar los magistrados, sacan el cuerpo, si dejan el campo de las elecciones á los ambiciosos y especuladores, entonces, por mucha vigilancia que después quiera ejercerse, las instituciones, las garantías y las libertades peligrarán mucho.

Pero este influjo para la elección de buenos magistrados no debe pasar de contribuir el individuo con su voto, y á lo más, manifestar las ventajas de éste ó aquel ciudadano para el puesto de

que se trata. La corrupción, la intriga, la arteria y los manejos ocultos son medios que no emplea el buen patriota, y que deben prevenir en contra del ciudadano que los empleara; porque no se apela á estos medios sino á falta de recomendaciones y de títulos positivos á la confianza nacional. Tampoco debe desplegarse un ardor y un entusiasmo capaces de enemistar á los ciudadanos, de dividirlos en bandos, y alterar la buena correspondencia y armonía social. El fanatismo en todo es condenable; á la vez que la calma y la impacibilidad son el más hermoso distintivo del hombre, indicio de razón y de justicia, y pronóstico de buen suceso.

De todo lo dicho concluimos, que lo que un buen patriota debe hacer relativamente á la conservación de las garantías y de las libertades públicas, es, primeramente defender y sostener el orden, con el que se identifica todo lo que de libertad, de seguridad y de bien puede existir en las asociaciones políticas; y en segundo lugar, contribuir al nombramiento de buenos magistrados, denunciar al público las violaciones de la constitución y de las leyes cometidas por los gobernantes, censurar los grandes abusos del poder, y últimamente favorecer y secundar la difusión de buenas ideas políticas. Haga esto el ciudadano y puede contar que ha cumplido su deber en orden á la conservación de las garantías y de las libertades públicas.

Aparte de los cuatro deberes de que hemos hablado, prescribe el patriotismo otro no menos importante y sagrado; á saber, la concordia, la unión y el amor recíproco de los ciudadanos. No puede verdaderamente amarse la patria si entre si se aborrecen y se despedazan los miembros que la componen, ni puede haber prosperidad para un país, cuando sus hijos divididos en bandos encarnizados,

y colocados frente á frente como ejércitos enemigos, se hostilizan con crueldad los unos á los otros. Suponed que no existan sinó dos partidos en el Estado: el uno creará males para el otro, y éste para aquel; ambos se desacreditarán recíprocamente; el bien que uno quiera hacer lo impedirá el otro. Y bien, ¿cuál será el resultado final de esta vergonzosa lucha? Que componiéndose la patria de ambos partidos, todo el mal que éstos se hayan hecho, se lo han hecho á la patria; que todo el descrédito de que se han cubierto, ha recaído sobre la patria, que el bien que han impedido, para la patria lo han impedido; de manera que en resultado definitivo, la víctima de los partidos es siempre la patria, inevitablemente la patria. Y ojalá que su sacrificio pudiera calmarlos; ojalá que la vista de sus agonías pudiera hacerlos volver sobre sí, y que lanzando un grito de espanto al reconocer su locura, y volteando la cara para no ver la obra de sus manos, retiraran horrorizados el puñal parricida: tal vez la patria pudiera recobrase.... Pero; deseos vanos! el ídolo de los partidos con nada se aplaca: ve inmolada á sus plantas la víctima más preciosa, y todavía pide otra y otra. Su imperio ha de ser el imperio de la muerte, y su trono ha de levantarse sobre ruinas y escombros: esto ha jurado, y no conoce medio, ni admite transacción.

Así, si se ama á la patria, si se ama su prosperidad, si se ama su crédito, si se ama su dignidad y su fuerza, es menester que los ciudadanos se amen también, es menester que vivan en fraternal unión, y en una concordia inalterable. No puede ser de otra manera: el amor de la patria y el odio de los ciudadanos entre sí, son cosas de todo punto incompatibles.

Lo que de ordinario divide á los ciudadanos



lo que de ordinario les empeña en obstinadas luchas, son los puestos y el poder. Por consiguiente, un desprendimiento generoso de los puestos y del poder, es indispensable; porque de otra manera no pueden reinar entre los ciudadanos la concordia y la armonía.

Por tanto, cuando la cuestión no sea sino sobre quién se sentará en los primeros puestos sociales, y todos los indicados tienen aptitud y patriotismo, que se siente cualquiera, y que no haya partidos. Estando los ciudadanos entre sí unidos, todo lo tienen; viviendo desunidos, todo les falta. Si meditan los males públicos que acarrearán los partidos, el retroceso, la decadencia, la debilidad, el descrédito y hasta la ruina total de la nación; si á estos males públicos se agregan las molestias y sinsabores que ocasionan al individuo, ¿qué sacrificio parecerá costoso si libra de partidos? No hay pues que vacilar: sacrifique el hombre sus intereses personales, sacrifique sus simpatías, sacrifique sus propias aspiraciones, sacrifique hasta sus títulos á la confianza nacional y á su exaltación á los primeros puestos; sí, sacrifíquelo todo con gusto y con apresuramiento, á cambio de que el monstruo devastador del espíritu de partido, no venga á despedazar las entrañas de su patria. Pocos días nos son dados en el mundo, bastantes fuentes hay en él que vierten la amargura en la copa de la vida, hartas causas existen de mal y de dolor, que el hombre no puede destruir; con con que no hay para que hilar mas aprisa nuestra tela, aborreciéndonos y persiguiéndonos los unos á los otros, no hay para que echar mas acíbar á nuestra existencia, ni para que multiplicar voluntariamente los manantiales de nuestros sufrimientos. ¡Que jamas haya partidos entre los ciudadanos! ¡Que jamas haya entre ellos odios, rencores, ven-

gauzas, ni persecuciones políticas!

Así no cabe duda que un Estado compuesto de tales ciudadanos sería feliz; pero ¡cómo encontrar la felicidad donde nacen tantos dolores, tantos desengaños, tantos padecimientos del alma y cuerpo, de dónde vienen tantas lágrimas y tantas amarguras? ¡en esos trastornos, esos azotes, esas destrucciones, esas enfermedades que asolan nuestras provincias, esos granizos, esas tempestades que en un momento destruyen las esperanzas del pobre labrador? En la Religión Cristiana: el cristiano sabe que Dios es justo, bueno y sabio; que no se mueve una hoja del árbol, ni caerá un solo cabello de su cabeza sin la voluntad ó permiso de Dios; por eso solía decir Tauler: “La felicidad es posible en todas las condiciones; puede tenerla el pobre como el rico, el enfermo como el que goza de salud. La felicidad está en el corazón y es inútil buscarla en ninguna otra parte; está en la Disposición y no en la Posición. Haced la voluntad de Dios; amadle, y seréis felices, cualquiera que sea la posición en que os encontréis exteriormente.”

Pero es preciso distinguir el placer de la felicidad; porque no hay error más extendido en nuestros días, y á la par tan pernicioso, como la confusión de estas dos ideas, Placer y Felicidad: ideas que, sin embargo, son muy distintas entre sí, y la mayor parte de las veces, completamente opuestas y desemejantes.

El placer es la satisfacción de los sentidos; la felicidad, la satisfacción del corazón. El placer es material y siempre más ó menos grosero; la felicidad, que es de una naturaleza enteramente diferente, reside en el alma y eleva al hombre por encima de la materia.

Hay tanta diferencia y desproporción entre

el placer y la felicidad como entre el cuerpo y el alma; y el que confunde estas dos cosas, cae en un grosero y deplorable materialismo. El placer es la felicidad de las bestias, de los animales que no tienen alma, que se mueven únicamente por el instinto y que no viven sino por los sentidos. Verdad es, que teniendo el hombre cuerpo y sentidos, es susceptible de placer; pero también lo es que está llamado á destinos infinitamente más altos. Tiene una alma racional, espiritual, capaz de conocer la verdad, de amar y querer el bien; y hásele concedido una vida transitoria y perecedera en la tierra, sólo para que pueda merecer el cielo en donde será su patrimonio: la felicidad perfecta y sin límites. Para nosotros, pues, la felicidad, ahora en la tierra y después en el cielo, consiste en el completo descanso y plena satisfacción de las facultades de nuestra alma.

Si en este mundo es tan corto el número de los felices, débese á que muy pocos buscan la felicidad en donde realmente está. La mayor parte, confundiendo la felicidad con el placer, creen encontrarla en el contentamiento de los sentidos y en la satisfacción de las groseras pasiones. Entre la juventud, principalmente, es casi universal este error, y sólo los jóvenes cristianos encuentran en las maravillosas enseñanzas de su fe, un remedio contra este peligro y eficaces socorros para precaverlo.

El disoluto busca la felicidad en la hartura y saciedad de pasiones que no es lícito nombrar siquiera, y no encontrando nada más que el placer, siente siempre en el fondo de su corazón un vacío, una necesidad desconocida y no satisfecha, que no es otra cosa sino la necesidad de felicidad que no ha podido alcanzar.

El ambicioso cree que le harán feliz las gran-

dezas y los altos empleos, y se afana y suda para alcanzarlos. La mayor parte de las veces no lo consigue, porque los puestos elevados son en corto número y es difícil llegar hasta ellos; pero, cuando más afortunado que sus competidores, logra ver realizadas sus aspiraciones, el infeliz no encuentra en las grandezas que tanto ambicionaba, sinó los vanos humos del orgullo, acompañados de una multitud de disgustos y amargas decepciones. Tampoco está ahí la felicidad, porque tampoco con eso quedan satisfechas las necesidades reales del alma.

Lo mismo le sucede al avaro. ¡Cuántos hombres hay en los tiempos que corremos que son avaros sin presumirlo! En efecto, la avaricia no consiste solamente en amontonar oro, sinó principalmente en desearlo y quererlo con pasión. La avaricia es el culto del dinero y de las riquezas, y esa religión cuenta con muchos adeptos. Tales son por ejemplo, todos aquellos de cualquiera industria y profesión que sean, que, confundiendo el corazón con la bolsa, hacen consistir la felicidad en las riquezas; pero hagan lo que quieran, aumenten en hora buena sus caudales y haciendas, acumulen tesoros sobre tesoros, que el vacío del corazón no se llena con escudos como el vacío de la bolsa.

¿En dónde está, pues, la felicidad? Y ¿cómo llenaremos los designios de aquel Dios bueno y grande que sólo nos crió para que fuéramos felices? Preparándonos acá en la tierra por medio de una vida pura y cristiana para aquel feliz descanso de la eternidad, en el que no sólo el alma sinó también el cuerpo después de haber resucitado, estarán en perfecta posesión de su último fin, que es el mismo Dios. Sólo los cristianos poseen el secreto de la verdadera felicidad que no pueden

arrebatarnos los hombres, porque es independiente de las vicisitudes de la vida. En efecto, únicamente Dios para quien y en quien viven los cristianos, puede llenar las necesidades y colmar las aspiraciones de nuestro corazón que, criado por Él exclusivamente para gloria suya, se ha reservado para sí solo como propiedad inalienable.

La existencia de un Dios, la inmortalidad del alma y la realidad de una vida verdadera y eterna, no deben ponerse en disputa. Partimos, pues, de este principio, suponiendo la creencia en estas verdades evidentes por sí mismas; mejor dicho, nos dirigimos únicamente á los que creen; los que no creen son nada para el *Moralista*, el *Moralista* no cuenta con ellos; y aunque bien quisiera reducirlos á la creencia, porque siempre son hombres, siempre son hermanos, si el espectáculo de la creación, si el orden, si su misma existencia, si el unánime consentimiento de todos los hombres y de los siglos todos, no pueden obtener su convencimiento; cómo lograría el *Moralista*? Además tan importantes dogmas nunca deben hacerse depender de un argumento cuya fuerza puede contestarse, ni de los ratiocinios siempre falibles de la débil razón humana: tales dogmas tienen otras bases, bases eternas, dignas de la omnipotencia creadora, sobre las que descansan inmutablemente. Ni los ataques que contra ellos se dirijan debe rechazarse: si un insecto quisiera derribar una soberbia torre, ¿quién seriamente se detuviera á espartarle?

Suponemos, pues, la existencia de un Dios, la inmortalidad del alma y la realidad de una vida verdadera y eterna, suponemos general la creencia en estas verdades, y sin engañarnos mucho, así podemos suponerla ciertamente, porque, por fortuna el número de los ateos es al número de los creyen-

tes, como una gota de agua es á la inmensidad del Océano. Partiendo de esta creencia, cuánta influencia tiene élla en la felicidad del hombre durante su pasajera mansión sobre la tierra.

Hemos visto que la felicidad terrenal del hombre dimana, en la mayor parte, de la dirección que imprima á su conducta, y también hemos visto que su conducta no es propia para hacerle feliz, si no en tanto que se conforma á una regla: solo así puede el hombre tirar líneas rectas hacia su felicidad. Esta regla es la moral, y por consiguiente la Moral entra esencialmente en la felicidad terrenal del individuo. Ahora bien: ¿podría existir la moral si no se apoyase sobre la creencia? Sin la existencia de un Dios ¿de dónde se hicieran dimanar las reglas de la conducta? Sin una vida venidera, ¿dónde se iría á tomar la sanción de estas mismas reglas? Sobre qué fundamento descansarían? “Sin tales creencias, como dice un moderno, ¿qué sería la obligación? ¿cómo cabe concebirla? La obligación no es lo que une? ¿Qué es la unión sinó la común tendencia hacia á un centro común? Y este centro común de todos los seres ¿qué es sinó el Sér infinito, rigurosamente uno, de quien todo sale, á quien todo vuelve, que produce, conserva y vivifica todo? ¿Qué es sinó Dios?”

La Moral y la Religión están, pues, íntimamente ligadas; la una no puede existir sin la otra; son una misma cosa. Luego, si es evidente que la moral es un elemento esencial de la felicidad terrenal del hombre, la Religión lo es de la misma manera; porque sin ésta, aquella no tuviera base, ni sus reglas origen, ni sus principios, sanción.

Luego ni en el mundo puede darse felicidad sin creer en estas verdades eternas, sin profesar una religión. Y no es solamente de este modo que la Religión influye en la felicidad terrenal del indi-

viduo: bajo mil aspectos más es todavía un manantial inagotable de dicha.

En efecto, en creer en la existencia de un Dios lleno de bondad, de sabiduría y de poder, que nos ha creado, que nos conserva, y que sin cesar vela sobre nuestra suerte, ¿hay algo más vivificante y consolador? hay algo que más aliente, que infunda más confianza? que haga más dulce la existencia? Creer que cuando morimos no morimos como el bruto, que hay en nosotros alguna cosa superior á la muerte, alguna cosa más dura que el filo de su guadaña, alguna cosa que nos hará vivir siempre y en el seno de una felicidad interminable; esta creencia, digo, ¿podrá ser indiferente á nuestro contento y bienestar en la tierra? El verdadero creyente hace el camino del mundo como un hijo que marcha á la casa paterna á gozar en los brazos de un padre tierno y bondadoso, de una dicha que nunca se turba ni se acaba; el ateo hace el mismo camino, mas le hace hacia la nada, ó hacia el dolor: ¿es posible que ambos marchen con el mismo gusto y alegría? es posible que sea igual la condición de ambos caminantes? ¿Morirá lo mismo el uno que el otro? ¿Es lo mismo morir en la esperanza que en la desesperación?

El que cree, por todas partes encuentra cristalinas aguas con que apagar la sed ardiente de felicidad que abrasa á todo hombre. En la tribulación mira el cielo, y luégo, como rocío suave, descienden de allí abundantes consuelos: hijo del cielo, su vista le dá fuerzas como el contacto de la tierra reanimaba á aquel gigante hijo de la tierra, que los dioses no podían vencer. El hombre religioso nada teme de lo futuro, porque creyendo en la Providencia, está seguro que cien ojos invisibles están siempre abiertos sobre su suerte. Si le sobrevienen padecimientos y trabajos, es la mano

de un padre la que se los envía, adora su voluntad y los soporta con resignado ánimo; y si la fortuna le rodea con todas sus comodidades, es á este mismo Dios, no á una casualidad sin vista, que mira, como el origen de su prosperidad: todo lo que tiene son dones del cielo, todo lo que tiene por bondad del cielo lo tiene; y así, ni se ensobberbece con estos dones, ni se apega á ellos, sinó como el Dios que se los ha dado quiere que los use; y si de un golpe se los quita, adora los decretos eternos, respeta los ocultos designios del Altísimo, y queda el mismo hombre. En una palabra la vida del que cree está llena de luz, de esperanza, de protección, de consuelos, de fortaleza y de paz; mientras que el ateo vive en un caos de tinieblas, de desesperación, de desamparo, de debilidad y de turbulencia. “En su hambre, en su sed, como dice un moderno ingenio, en su hambre, en su sed clama por el alimento, por la leche que nutre á todas las criaturas; pero en medio del vacío tenebroso en que se ha sumergido, no agarra y no exprime más que el seco pesón de la muerte.”

Aun para la felicidad terrenal es, pues, indispensable la creencia en un Dios, en la inmortalidad del alma, y en la realidad de una vida venidera y eterna; por manera que estos dogmas, cuya verdad á no dejar duda nos demuestra cuanto nos rodea, desde las astrós que brillan sobre nuestra cabeza, hasta las hierbas que crecen bajo nuestros pies, estos dogmas digo, son un precioso bálsamo para la vida presente, y aun, por su evidencia, debieran creerse para alcanzar alguna felicidad sobre la tierra, porque á la verdad ninguna hay para el ateo.

Pero la creencia y la esperanza no pueden ir solas: la primera debe ir acompañada del amor y del temor del Dios en cuya existencia se cree; y



la segunda, de la práctica de aquellas obras indispensables para conseguir la felicidad eterna que se espera. No se puede verdaderamente creer en un Dios, sin creer que es autor de nuestra existencia, que nos conserva y que vela sin cesar sobre nuestra dicha; ¿y se podrá creer en este Dios, lleno de bondad sin *amarle*? Por consiguiente la creencia en un Dios, lleva consigo el amor de este mismo Dios. Tampoco puede creerse la existencia de un Dios, sin creer en su justicia inexorable y en su poder inmenso. Y si es justo y poderoso, ¿no es menester temerle? El temor de Dios, es pues también una consecuencia necesaria de la creencia en su existencia.

Este amor y este temor forman el fundamento más sólido de la Moral; porque siendo las violaciones de ésta, violaciones de su voluntad, violar la Moral sería ofenderle, y no se ofende á un sér que se ama y que se teme. Por consiguiente, el amor y el temor de Dios son las mejores garantías del cumplimiento de la Moral, y por lo mismo, de la dicha terrenal del hombre, que en su mayor parte dimana de la observancia de aquella. El amor es un estímulo para todo lo bueno, el temor un freno para todo lo malo.

También es una consecuencia de la creencia en un Dios, del amor que se le profesa y del temor que se le tiene, manifestarle, no sólo con el corazón, mas también con obras y con demostraciones externas, nuestra gratitud á sus bondades, y nuestro profundo rendimiento á su soberana voluntad. Sin esto, ¿cómo podríamos conciliarnos su benevolencia, y aplacar su justicia? Y sin comportarnos de una manera aceptable á los ojos de este Dios de bondad, ¿cómo podríamos aspirar á ser un día confundidos en la inmensidad de su gloria. Y el comportamiento aceptable de este Dios de mi-

sericordia ; no sería también el más á propósito para hacernos felices en la tierra ? porque él Autor del hombre, no puede ser enemigo del hombre : habiéndole creado para la felicidad, no puede exigir de él sinó lo que sea dirigido á producir esta felicidad, á llenar los fines eternos del Creador.

Concluimos, por tanto, que aun para conseguir la dicha terrenal, son condiciones indispensables : 1.<sup>a</sup> *la creencia en un Dios, en la inmortalidad del alma, y en la realidad de una vida venidera y eterna* : 2.<sup>a</sup> *el amor y el temor de este Dios* : 3.<sup>a</sup> *la esperanza apoyada en las obras, de aquella existencia inmortal y dichosa* ; y 4.<sup>a</sup> *el culto, tanto interno como externo*. Reduciendo esta conclusión á términos más concisos, podemos sentar, sobre lo que en este capítulo hemos dicho, que sin religión no es posible felicidad sobre la tierra.

Esto es en cuanto al individuo : en cuanto á los estados y á las naciones, la necesidad de la religión, si cabe más evidencia, es todavía más evidente. No hay memoria de que haya existido una sociedad sin religión ; antes bien se ha observado que las grandes vicisitudes de las asociaciones políticas han marchado paso á paso con la religión. Si ésta florece, florece la asociación política ; si decae, decae la asociación, y el día que el sentimiento religioso se extingue en los pechos de los ciudadanos, ese día la asociación es borrada del número de las naciones : la licencia, la immoralidad y el desenfreno la sumen bien pronto en la nada. En los estados en que la religión impera y ejerce su benéfica influencia, cada ciudadano hace lo que debe aunque la ley no se lo mande, y cada ciudadano hace lo que la ley le manda, aunque el magistrado no le compela. Tal estado marcharía bajo la protección inmediata de la Divinidad, y descansando sobre la virtud, descansará sobre un fundamen-

to eterno é indestructible. Allí todos los derechos serían respetados, todas las obligaciones cumplidas, la sumisión á la autoridad fuera sostenida por mandamiento del cielo, la concordia y la amistad reinaran entre los ciudadanos, y por todas partes no se viera sinó justicia, orden, unión, prosperidad y dicha. Atacar la religión es, pues, cometer un crimen de lesa patria, es alejar la mano que desarrolla el bien, es preparar al Estado una ruina segura é inevitable. *Omnis humanae societatis fundamentum convellit, qui Religionem convellit.*

Bajo todos aspectos la religión es, pues, necesaria, bajo todos aspectos tutelar del bien, bajo todos aspectos, represiva del mal: el individuo no puede ser feliz sin religión, las asociaciones políticas no pueden existir sin religión. Profésesela, pues, pero profésesela sinceramente, téngasela en el corazón no en los labios, téngasela por el convencimiento de su verdad y de su necesidad, no por miras interesadas, no por medrar, no por hacerse partido. La religión no se presta á servir de máscara, y cuando se abusa de élla hasta este grado, siempre queda mal acomodada, y á cada paso, y á cada movimiento deja entrever la impiedad especuladora. Por otra parte, ¿qué poder tendría para hacer la felicidad terrenal del hombre, el profesar en la apariencia la religión? Ninguno; porque profesar de tal modo la religión, sería lo mismo que no profesarla, y aun peor, pues reuniera entonces á la impiedad, de una parte el engaño y la mentira, y de otra, el abuso y la profanación de la cosa más sagrada.

Igualmente debe evitarse, el fanatismo que es un celo ó un calor inmoderado en lo que concierne á la religión; y la superstición que la hace consistir en prácticas bárbaras, absurdas ó ridículas. Estos dos vicios son enemigos declarados de toda re-

ligión, y en vez de servir á la causa de ésta, sirven á la del ateísmo. Ambos son indignos de seres racionales, ambos ofenden á la Divinidad, y por tanto deben huirse cuidadosamente.

---

### De la Religión cristiana considerada en sus Relaciones con la felicidad terrenal.

---

Acabamos de ver que el individuo debe profesar una religión: ¿cuál escogerá entre las positivas? La verdadera: hé aquí la única respuesta á esta cuestión, ¿Pero cuál es la religión verdadera? Nosotros creemos que el Cristianismo. Sin embargo, como no toca al Moralista sinó al Teólogo, poner en evidencia los fundamentos sobre que descansa, nos limitaremos aquí á manifestar que, aun por encima, lleva el sello de la verdad y de la Divinidad que en el fondo encierra, siendo la más conforme con la razón; y que aun prescindiendo de que es verdadera y divina, el hombre debiera escogerla como la más propia para hacer su felicidad sobre la tierra.

Toda religión tiene tres partes: la moral, la dogmática y la ritual ó el culto. Considérese el Cristianismo en estas tres partes, y en todas tres le veremos acorde con la razón, en todas tres descubriremos una filosofía algo más que humana.

Y empezando por la moral, ¿se vió jamás una más sublime, más pura, más completa que la del Cristianismo? Todas sus máximas son de luz de verdad, todos sus preceptos son de perfección, y sus máximas y sus preceptos son practicables y acomoda-

dados á la flaqueza humana. ¿Puede desconocerse que su autor fué Dios y hombre al mismo tiempo? Y cuantas virtudes morales no practica el Cristianismo, que la sabiduría humana ni siquiera había entrevisto. ¿Qué conocimiento tan profundo del hombre no descubre? ¿Qué sencillez y grandeza al mismo tiempo? Amar á Dios y al prójimo es todo lo que pide: en este único mandamiento encierra el Cristianismo todos sus mandamientos: este precepto único comprende toda su Moral. ¿Y podría dudarse que amando á Dios y al prójimo se tienen todas las virtudes propias para ser feliz aun sobre la tierra? ¿Y qué cosa más fácil que el cumplimiento de este precepto? ¿Qué cosa más justa?

Ningún filósofo ha desconocido la pureza y sublimidad de la Moral del Evangelio: desde que su Divino Autor la dictó al mundo con la palabra y con la lección viva de su ejemplo, todos no han hecho sino admirarla, y pasmarse cuando penetrando á su fondo, han visto tanta grandeza, tanta justicia y tanta sabiduría reunidas. Siglos y siglos han pasado sobre esta nueva filosofía, sin que se le haya notado una mancha sola, sin que haya vacilado uno sola vez, sin que siquiera haya habido quien ose atacarla. Espíritus superficiales han, de cuando en cuando, censurado algunos ritos del Cristianismo, algunas instituciones secundarias, pero su moral, jamás. El mismo Rousseau confesaba que no leía el Evangelio sin recibir alguna mejora de su lectura y Voltaire derramaba lágrimas de asombro al meditar el fondo de sus máximas. Muéstrenos otra moral que la del Cristianismo, que se haya escapado de la censura de los sofistas, que haya pasmado á los filósofos de todos los tiempos, que haya arrancado homenajes hasta á sus más encarnizados enemigos, y hecho llorar de entusiasmo

á la impiedad misma, y entonces convendremos en que hay sobre la tierra una Moral igual á la que el Cristianismo enseña.

Véase cual era la situación moral del mundo cuando el cristianismo apareció sobre la tierra: la idolatría, las supersticiones mas ridículas, la ambición, el pillaje y la barbarie constituían entonces el fondo de la existencia moral. En tales circunstancias aparece el Cristianismo, y de repente todo cambia al influjo de su moral divina: los ídolos son echados del Capitolio, y á pueblos supersticiosos, sanguinarios, usurpadores y bárbaros, suceden pueblos religiosos, humanos, moderados y cultos. Una moral que así cambia la faz de la tierra y muda súbitamente las generaciones, debe ser una moral más que escogida.

Ultimamente, la Moral del Cristianismo prescribe la perfección intelectual, la sobriedad, la templanza, el trabajo, la economía, el sometimiento de las pasiones á la razón. En las relaciones sociales, ordena la humanidad, la beneficencia, la indulgencia, la dulzura; prohíbe la mentira, la indiscreción, la murmuración y la calumnia, y manda la prudencia, la justicia y la fortaleza;—en las relaciones políticas, encarece el amor á la patria, y hace un deber sagrado la sumisión á las autoridades; en las relaciones de familia, predica el amor y la fidelidad de los esposos, la educación de los hijos, el amor y el respeto á los padres, y el amor y la unión entre los hermanos y los amigos. ¿Y no hemos visto en esta obra que estos mismos preceptos, estas mismas máximas, son las que la razón y la filosofía aconsejan para conseguir la felicidad terrenal? Luego el cristianismo está perfectamente acorde con la razón y la filosofía sobre este punto; luego su parte moral no es en manera alguna objetable.

En cuanto á la parte *dogmática*, no liaremos sino copiar á dos escritores modernos, de bastante celebridad. “Dios, nos dice, el primero, es la bondad infinita; la vida eterna y el orden en su mayor perfección; y por consiguiente, nada malo, nada desordenado puede ser obra de sus manos: *El no hizo la muerte*, como declara por sí mismo en la sagrada Escritura; pues la vida no puede engendrar la muerte.

Pero ya en el principio del mundo ocurre una doble rebelión en el cielo y en la tierra, que trastorna el orden establecido por Dios en todas las cosas, y esa rebelión que se llama el pecado, es la única causa de todos los males que nos afligen.

Esa fatal revolución empieza en el cielo y continúa después en la tierra. El más poderoso de los ángeles de Dios, el más ilustre habitante de los cielos, Lucifer ó Satanás, se niega á adorar al Señor y arrastra en su rebelión un inmenso número de espíritus celestiales: arrojado del cielo con todos los demonios, tienta en la tierra la fidelidad del hombre, procurando por todos los medios asociarle á su rebeldía y, por consiguiente, á su condenación.

En efecto, nuestro primer padre Adán había sido criado en la inocencia y en medio de todo género de delicias; los ángeles fieles le acompañaban incesantemente en el paraíso terrenal y le defendían contra la inmortal influencia de Satanás; pero Adán que, á pesar de estos auxilios y en el seno de esa felicidad, era libre de corresponder el amor de Dios ó apartarse de Él, sucumbió á la tentación, infringió el fácil precepto que le había impuesto Dios, y constituyóse á sí mismo con todo el género humano representado en su cabeza, vasallo del demonio en cuya desobediencia había tomado parte.

De aquí todos nuestros dolores, de aquí todos los males de la vida. “Tu morirás de muerte, dí-

¡Jole el Señor; la tierra será maldita en el trabajo de tus manos y no te producirá sinó espinas y abrojos; vivirás en la tristeza todos los días de tu vida y comerás el pan con el sudor de tu frente hasta que vuelvas á la tierra de donde saliste, porque polvo eres y en polvo te convertirás.”—Tal es la pena del pecado, tal la sentencia de la divina justicia y el secreto de los dolores y males que aquejan á la humanidad. Habiéndonos entregado al demonio que nos llena de aficciones, la desesperación sería nuestro patrimonio, si la misericordia de Dios, que es infinita como su justicia, no nos hubiese deparado un Salvador. Este Salvador es Jesucristo, el hijo de Dios, hecho hombre, que al tomar carne en el seno de la Virgen María, se hizo hermano y semejante nuestro, y nos amó al extremo de ofrecerse á la justicia de su Padre, como víctima santa y universal en expiación de la rebeldía de todos los hombres. Padeció y murió por nosotros, mereciéndonos por el sacrificio de la cruz el perdón de nuestros pecados; abriónos de nuevo las puertas del cielo que nos estaban cerradas, é instituyó en la tierra una Iglesia y Sacramentos, por medio de los cuales es fácil á todos los hombres de buena voluntad reconciliarse con Dios y vivir santamente.

Pero esta vida eterna que vino Jesús á darnos es menester que cada uno de nosotros se la haga suya, que la conquiste triunfando en sí mismo del enemigo que Jesús fué el primero en vencer: es menester que cada uno de nosotros á imitación del divino maestro, permanezca unido á Dios por la obediencia y el amor, y que sufra con paciencia y resignación las mil y mil pruebas de que está sembrada la vida.

Así es como el cristiano, aunque sujeto al par de los otros hombres á los padecimientos del cuer-



po, á las enfermedades y á los males de toda especie que nacen de la fatal acción del demonio sobre la tierra, se eleva por encima del poder de su enemigo cuyos golpes, lejos de abatirle, redundan en gloria suya, dándole cada día ocasión de alcanzar nuevos triunfos. La pobreza, las penas y hasta la misma muerte se transfiguran para el discípulo de Jesucristo, el cual en las alas de un amor el más generoso, llega á veces hasta el punto de amarlas y deseirlas, á fin de imitar con más perfección á su divino Salvador y modelo.

Tal es la explicación, por desgracia demasiado ignorada en nuestros días, de todos los males que nos acompañan en el camino de la vida. ¡ Dichoso y mil veces dichoso el cristiano fiel, á quien ha sido revelado el secreto de este pavoroso enigma; pues, en medio de las más crueles pruebas, tiene el dulce consuelo de no poder dudar del amor paternal de su Dios.”

El segundo dice: “Nos hallábamos embarazados, para explicar las contradicciones que se encuentran en nuestro sér, no podíamos conciliar los desórdenes que devastan la tierra, con la Providencia que la rige. El Cristianismo nos ofrecè la resolución de estos grandes problemas, revelándonos la caída del hombre, su desobediencia, y las consecuencias terribles que la han seguido. El coloca entre Dios y el hombre un mediador, nos revela nuestra debilidad, sin hacernos perder el sentimiento de nuestra grandeza, viene al socorro de nuestra razón oscurecida y degradada, nos revoca á nuestra primera dignidad, sin disimularnos nuestra corrupción, nos anuncia que aquí-abajo peregrinamos en una tierra extranjera, que pasemos, como el sabio viajar haciendo bien, que todas nuestras acciones deben ser dirigidas y ennoblecidas por su relación con Dios, y en fin, que miremos todo lo que pa-

sa en la vida presente como la educación del hombre para una vida venidera.”

“Proclamandó estos dogmas, el Cristianismo los dirige al mayor bien de la humanidad; cosa que no han hecho las falsas religiones. Se espanta uno al ver las absurdas consecuencias que han sido deducidas, y que aun se deducen en ciertos países de la doctrina de la inmortalidad del alma, de las penas y de las recompensas en una vida futura y de la comunicación habitual que el hombre debe tener con Dios. Estas verdades dogmáticas han introducido frecuentemente, la pereza, el suicidio, el desprecio de los hombres, y otros azotes igualmente funestos á la sociedad. No sucede así en el Cristianismo; porque en éste, la Moral más santa regla el uso práctico de los dogmas, y los dogmas no se ofrecen sino como la sanción y el apoyo de la Moral.”

“Las falsas religiones, las falsas teorías, han procurado explicar todos los misterios y resolver todas las dudas sobre la naturaleza de Dios, sobre la del hombre, y sobre, la vida futura, por sistemas más ó menos acomodados á las cosas que están á nuestro alcance y que caen bajo nuestros sentidos. De aquí el maniqueísmo; el politeísmo, la doctrina del destino, la metempsicosis, y todas las fábulas por las cuales se han trasportado á una vida venidera cuantas necesidades y cuantos placeres se conocen en la presente.”

“Aquí es donde la excelencia del Cristianismo debe herir los ojos de todos: él nos advierte que Dios es incomprensible, y que sus profundidades son impenetrables; que sus miradas son ocultas, pero siempre justas, y que no debemos apelar de sus juicios y de sus providencias á nuestra débil razón. El nos advierte que no habiendo relación de comparación entre lo finito y lo infinito, todas las alegorías, todas las expre-

siones, todas las ideas que tomamos de los objetos ordinarios de nuestros conocimientos, son más propios á extraviar nuestra razón que á instruír-la. El nos advierte que debemos someternos á los misterios para no caer en abismo.”

“Bendigamos, pues, una religión que así sabe poner freno al furor de los sistemas, que marcan los límites de la razón con la más profunda sabiduría, que protege el entendimiento humano contra sus propios extravíos, y que no nos prescribe la fe, sino cuando no nos quedara más partido que la desesperación y el error.”

Tales son ciertamente los dogmas del Cristianismo, dogmas razonables y de la más elevada filosofía sumamente consoladores, y propios para hacer la felicidad del hombre aun sobre la tierra. En cuanto á los ritos ó á la parte exterior del Cristianismo, basta observar que nada hay en ellos de vano, nada de supersticioso, nada de bárbaro. El culto cristiano es un culto de fondo y de realidad, verdadero auxiliar de la Moral, en cuanto fija la mente en Dios, y en los premios y castigos futuros; es un culto razonable, *augusto como el Dios á quien se dirige*, y humano y dulce como este mismo Dios. Jamás los altares de Jesús se han visto regados con sangre de hombres, ni aun de animales: sus sacrificios son puros é incruentos.

Por tanto, el Cristianismo, sea que se considere en su moral, sea que se considere en sus dogmas, sea que se considere en su culto, es la Religión que el hombre debe profesar; pues, aparte de que siendo la única verdadera es la única que puede hacer su felicidad en una vida futura, siendo la única racional y filosófica, es también la única que puede hacer su felicidad sobre la tierra.

Quito, Junio 21 de 1887.

Modesto López.

